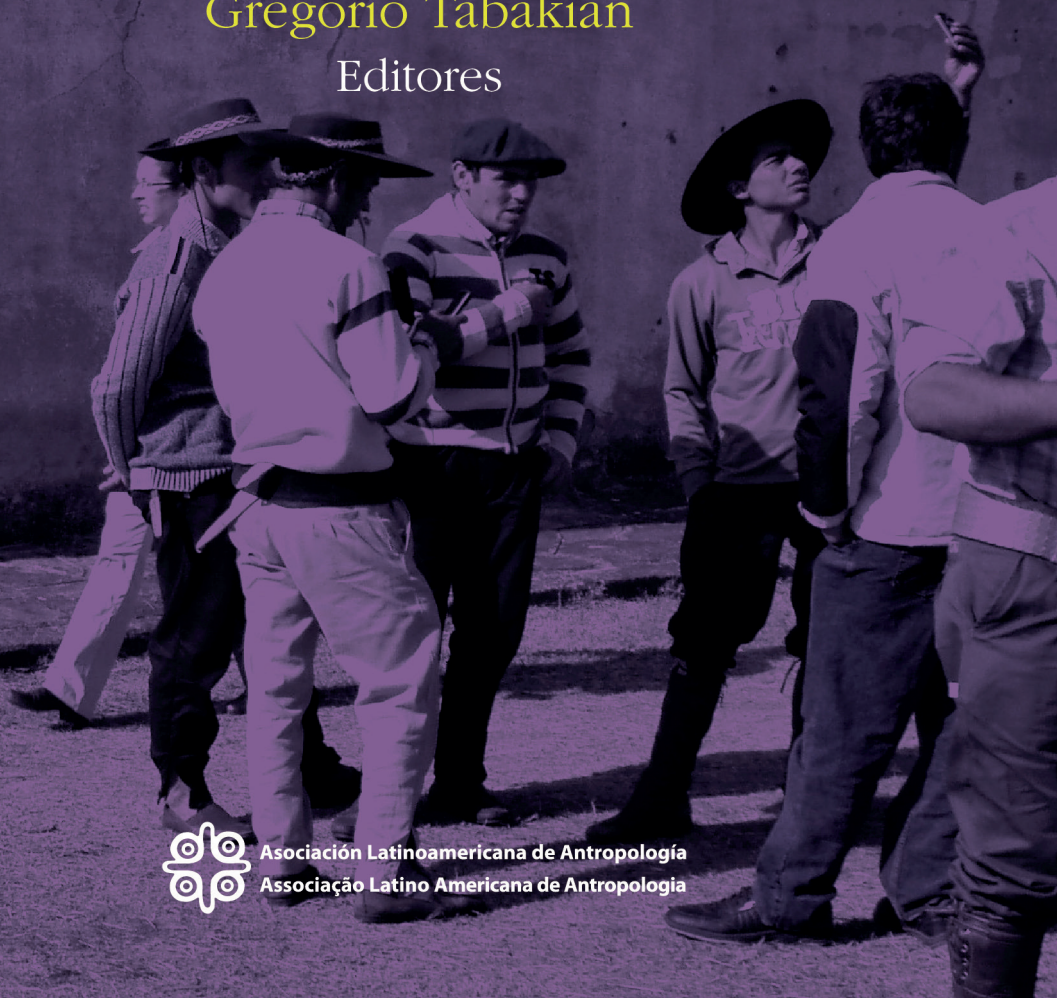


ANTROPOLOGÍAS HECHAS EN URUGUAY

Pablo Gatti
Gregorio Tabakian
Editores



Asociación Latinoamericana de Antropología
Associação Latino Americana de Antropologia

Pablo Gatti y Gregorio Tabakian

Antropologías hechas en Uruguay

Pablo Gatti y Gregorio Tabakian (Editores);

1ra. Edición en español. Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020

850 pp.; tablas.; gráficos; mapas.

ISBN:

978-9915-9333-2-0

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Catalogación en la fuente – Asociación Latinoamericana de Antropología

© Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020

© Pablo Gatti y Gregorio Tabakian (Editores), 2020

1era Edición, 2020

Asociación Latinoamericana de Antropología

Diseño de la Serie: Editorial Universidad del Cauca

Fotografía de portada: "Romería de Farruco" Uruguay - 2011 - 2012

Autor: Ignacio Expósito.

Diagramación: José Gregorio Vásquez C.

Diseño de carátula: José Gregorio Vásquez C.

Editor general de la Colección: Eduardo Restrepo

Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

Edición 2020.

La globalización del fútbol durante la crisis de 1930: Uruguay y la primera Copa del Mundo¹

STEFAN RINKE Y FLORENCIA FACCIO

La historia de los comienzos del fútbol condensa una de los más tempranos procesos de la globalización cultural que marcó las primeras décadas del siglo XX (Rinke 2007: 187-209). Este artículo discute la primera Copa del Mundo, jugada en Uruguay en 1930, como uno de los momentos fundacionales del fútbol moderno global. Las preguntas orientadoras serán por qué Uruguay fue especialmente adecuado para ser el anfitrión de un evento deportivo que, por primera vez, se centró exclusivamente en el fútbol y que, además, tenía una agenda global. ¿Por qué tal evento sucedió exactamente en el momento en que la Gran Depresión golpeó el mundo, produciendo una crisis sin precedentes y un freno en el proceso de globalización que de modo sostenido venía desarrollándose desde la década de 1880? El artículo presenta el contexto uruguayo de los años veinte y comienzos de los treinta, discute el evento del campeonato de 1930 y esboza algunas reflexiones respecto a una historia de la Copa del Mundo en perspectiva transnacional.

Uruguay y su fútbol hasta la década del veinte

Las primeras dos décadas de siglo XX son usualmente consideradas como el apogeo del Uruguay moderno. En esos años, se transformó el caótico sistema político y Uruguay comenzó a ser considerado un modelo de estabilidad en América Latina. En comparación a otros países de la región, Uruguay experimentó una temprana ampliación democrática y un activo intervencionismo estatal en asuntos sociales. Al compás del crecimiento económico exportador el país prosperó y en ese marco emergió una nueva clase media profesional. José Batlle y Ordóñez, dos veces presidente y la figura política más influyente hasta 1930, introdujo legislación y políticas muy progresivas que incluyeron la jornada de trabajo de ocho horas,

1 Original tomado de: Del football al fútbol/futebol: historias argentinas, brasileras y uruguayas en el siglo XX. - *Estudios AHILA de historia latinoamericana*; (11).

los fondos de pensión y una notable expansión del sector educativo. Uruguay generaba crecientes expectativas, no pocos lo miraban como un moderno y excepcional país modelo, y más de 200.000 inmigrantes –un equivalente al 10% del conjunto de la población– lo eligieron durante los años veinte como su nuevo lugar de residencia!

Las primeras tres décadas del siglo xx fueron los años formativos de e nueva sociedad de masas. Con ellos llegaron nuevos medios y tecnologías de comunicación que, a su vez, hicieron posible nuevas formas de consumo. En Montevideo, la ciudad capital que estaba en constante crecimiento, la arquitectura moderna –incluyendo los primeros rascacielos– los automóviles, el transporte y los servicios públicos transformaron el espacio urbano. Las innovaciones técnicas y materiales aparecieron a un ritmo veloz y cambiaron profundamente las formas de vida. En la escena cultural, formas populares de moda, entretenimiento, música, danzas y cine ganaron mayores seguidores, cuestionando las costumbres y valores sociales tradicionales. Al igual que en otras grandes ciudades del Cono Sur latinoamericano, Montevideo experimentó el crecimiento de la cultura de masas en la esfera pública, mientras que la cultura de élite –hasta entonces dominante– perdió su exclusividad o se abrió a mayores sectores de la sociedad. Paralelamente, la idea uruguaya de nación fue reimaginada, apoyándose en ideas e iniciativas socialmente más inclusivas que crecientemente irían incluyendo actividades populares y deportes competitivos como indicadores de nuevas y emergentes identidades colectivas y nacionales (Bouret y Remedi 2009: 13-15). “Uno de los efectos” de estas profundas transformaciones en la sociedad uruguaya y de la moderna legislación social fue la ampliada disponibilidad de tiempo libre para segmentos más amplios de la sociedad. El discurso oficial enfatizaba la forja del cuerpo de la nación y su salud.

Fue en ese marco donde el Estado, activamente involucrado en difundir y promover un programa civilizador para su heterogénea población inmigrante, encontró en el deporte un relevante recurso de intervención social. Así, muchas de sus agencias motivaron a los ciudadanos a usar la escena pública como un espacio donde aprovechar su tiempo libre de una manera racional y socialmente responsable y mantener cuerpos sanos a través del ejercicio al aire libre, Mientras que los entretenimientos tradicionales como la pelea de gallos y la corrida de toros fueron legalmente prohibidos en 1918, el Estado sistemáticamente patrocinó la necesaria infraestructura para la práctica de algunos deportes. Disponiendo de generosos fondos, la Comisión Nacional de Educación Física, fundada en 1921 y compuesta de políticos y empleados estatales de alto nivel, se encargó de difundirlos en los colegios públicos del país. El objetivo general era la “mejora de la raza”.

Así, los campos de juego multiplicaron su número en los espacios urbanos de 3 en 1913 a 75 en 1929 (Rodríguez 1930: 6-9). Las tardes, los fines de semana

libres y las vacaciones –ahora disponibles para algunos uruguayos, especialmente de la clase media–, se asociaron a las actividades al aire libre, preferiblemente en entornos naturales, parques recién construidos y, cada vez más, la playa. La tendencia también correspondió a nuevos ideales de belleza del cuerpo masculino atlético, que era promocionado masivamente en diarios y revistas. Las transformaciones resultantes captaron la atención de visitantes extranjeros como el arquitecto modernista Le Corbusier, quien dijo en 1930: “En Uruguay veo que la gente vive bien, que la vida acá se disfruta; aquí tu puedes percibir un espíritu deportivo...” (Bouret y Remedi 2009: 216). En ese momento, el fútbol se estableció firmemente como el deporte de más peso y presencia en la sociedad uruguaya. En su forma moderna, el fútbol llegó a América Latina a finales del siglo XIX y fue un fenómeno urbano.

En una ciudad puerto como Montevideo, los contactos con el resto del mundo eran la norma y las nuevas formas de entretenimiento se hicieron un lugar en la vida cotidiana de la ciudad. Como en otros lugares, fueron los marineros y comerciantes ingleses los que introdujeron el fútbol en Uruguay. Formaron una comunidad de emigrantes en Montevideo y fundaron en 1874 una escuela inglesa (English High School) en donde comenzó a practicarse deporte, entre ellos el fútbol. Los ingleses desempeñaron un rol importante en el sector de exportación uruguayo y mantuvieron muchas inversiones en sectores clave de servicio y transporte. La transferencia del fútbol fue parte de una ola de globalización que entre 1880 al 1930 no solo tuvo elementos económicos sino también culturales. En Uruguay el fútbol fue primero adoptado por las llamadas élites criollas que admiraban a Europa y buscaban imitar sus formas de vida y costumbres.

Esta mentalidad fue quizás mejor expresada por el filántropo y abogado chileno José A. Alfonso, ya en 1901: “Nuestros juegos nacionales nada valen en comparación con los clásicos juegos ingleses, football”, cricket, etc. Están estos últimos admirablemente dispuestos para que, mediante ellos, surjan lozanas en los jóvenes no solamente condiciones de virilidad física, sino también cualidades morales inapreciables” (Santa Cruz 1995: 16). Tal como en otros países del Cono Sur, desde inicios del siglo xx los equipos ingleses hicieron giras en Uruguay; de ese modo, evitaban el invierno europeo y ganaban dinero. Los partidos contra equipos locales convocaron a unas audiencias cada vez más masivas y algunas expresiones anglófonas se fueron haciendo un lugar en el habla cotidiana de los uruguayos (Goldblatt 2007: 132-133). ¿Fue esta una penetración pacífica o una conquista pacífica?

La temprana criollización del deporte en el contexto latinoamericano esgrime contra la tesis de la penetración. El fútbol perdió pronto su carácter de élite cuando personas de todas las edades y estratos sociales comenzaron a jugarlo en sus barrios y pronto formaron sus propios clubes. Lo que en 1892 empezó como

el Central Uruguay Railway Cricket Club (CURCC) se convirtió oficialmente en el Club Atlético Peñarol de Montevideo en 1914 (Luzuriaga 2009: 53-76, Álvarez y Haberkorn 2005: 19-29, 99-101). Su competencia, el Club Nacional de Football, también resultó de la fusión de experiencias inmigrantes y criollas entre el Montevideo Football Club y el Uruguay Atlético Club. Su nombre, Nacional, fue también una decisión conscientemente tomada en oposición a la exclusividad y arrogancia de los clubes británicos. La primer Liga Uruguaya de Fútbol fue organizada en 1901 y muy pronto algunas palabras inglesas como football se hispanizaron y devinieron en “fútbol” (Page 2002: 36).

Sin embargo, el surgimiento del fútbol no solo causó entusiasmo. Surgieron críticas conservadoras y algunos empleados estatales observaron con disgusto y miedo el furor de las masas de espectadores que los partidos provocaban: “Casi todos los deportes suelen degenerar en juego brusco cuando los espectadores suman cantidad”, comentaba la Revista Nacional de Higiene y Salud en 1919. Estas voces temían la pérdida de “cultura” y el aumento del “barbarismo”, especialmente de parte de los fanáticos. En el otro lado del espectro político, los partidos de izquierda también desconfiaron del nuevo deporte. Para los líderes del movimiento de trabajadores el fútbol no era más que una distracción de la necesaria conciencia de clase y del espíritu combativo. Los socialistas y anarquistas observaron con preocupación el dominante lugar del fútbol en la vida diaria de muchos de los trabajadores. Solo el Partido Comunista lo usó para sus propios objetivos formando la Federación Roja del Deporte (Bouret y Remedi 2009: 291).

Hacia la segunda década del siglo xx el fútbol sudamericano se había emancipado de sus orígenes europeos y devenido en un deporte que ya nadie asociaba con extranjeros. En esos años las asociaciones nacionales de fútbol –entre ellas la uruguaya– buscaron agruparse y, en 1916, fundaron la Confederación Sudamericana de Fútbol y acordaron realizar el Campeonato Sudamericano como una competencia periódica. Fue la primera asociación continental de fútbol y fue también una expresión de la autoestima latinoamericana cuando la guerra paralizaba el deporte en Europa. El político uruguayo y presidente de la liga de fútbol, Héctor Gómez, lideró la iniciativa. El segundo campeonato se celebró en 1917 en Montevideo, donde se inauguró el nuevo Estadio Pereira en el Parque Central. Los partidos fueron dominados por Uruguay y Argentina, cuya rivalidad se volvió notoria (Goldblatt 2007: 137 y 243, Santa Cruz 1995: 51). Gracias a la nueva tecnología radial los fanáticos uruguayos pudieron seguir a sus exitosos equipos, inclusive cuando, en 1919, estaban jugando en Río de Janeiro. En los años veinte las “transmisiones en vivo” eran todavía eventos simulados ya que el relator traducía los telegramas entrantes de los partidos, que venían desde lugares muy lejanos, a informes en vivo usando un megáfono (Bouret y Remedi 2009: 104).

Lo más importante para el creciente prestigio del fútbol uruguayo fueron los partidos directos contra los equipos europeos. En 1923 la Asociación Uruguaya de Fútbol (AUF) se unió a la FIFA después que el representante diplomático uruguayo en Bélgica y en los Países Bajos, Enrique E. Buero, reconociendo el valor del deporte como un factor de prestigio diplomático, tomara parte en una reunión de la FIFA en Ginebra. La afiliación de la AUF coincidió con su compromiso de enviar un equipo a los Juegos Olímpicos de París en 1924. Esta no fue una decisión fácil debido a los grandes costos que implicaba, pero el hecho que varios clubes españoles hubieran ofrecido dinero para jugar contra los uruguayos después de terminar los Juegos Olímpicos disminuyó el riesgo. Buero enfatizó: “[...] una victoria del equipo uruguayo en las Olimpiadas de 1924 tendría una gran repercusión en el mundo deportivo al que hoy en día están vinculados todos los políticos y hombres dirigentes de estas viejas sociedades” (citado en Buero 1932: 12).

Los uruguayos fueron el primer equipo de fútbol de Sudamérica que participó en los Juegos Olímpicos. Uruguay claramente dominó la primera competencia intercontinental, ganando siete partidos consecutivos, la medalla de oro y la Copa del Barón Pierre, de Coubertin por la “mejor marca deportiva del año” (Havekost y Stahl 2005: 31). Medios europeos y latinoamericanos alabaron el elegante estilo futbolístico uruguayo, representado especialmente por su jugador estrella, José Leandro Andrade. Buero vio su cálculo confirmado y no dudó en consignar que “la victoria de nuestro equipo ha sido una victoria para Uruguay como país”. No obstante, Buero informó que entre bastidores no faltaron quienes se preguntaban si los jugadores uruguayos no eran profesionales. ¿De qué otra forma podrían dejar su país de origen y su trabajo por tanto tiempo? ¿Cómo jugadores de un pequeño y casi desconocido país podían vencer a las estrellas europeas? Buero hizo lo mejor posible para contrarrestar estos rumores diciendo que los jugadores eran en su mayoría empleados estatales. Con todo, la sospecha se mantuvo.

En la segunda mitad de los años veinte no solo los clubes de Europa visitaron el Río de La Plata, sino que también los mejores equipos uruguayos, como el Nacional, hicieron exitosas giras europeas. En los Juegos Olímpicos de Ámsterdam en 1928 el dominio de los equipos sudamericanos fue contundente. En esta oportunidad, no solo participaron los campeones uruguayos, sino también Argentina y Chile. El evento fue preparado de una forma mucho más profesional y en la final, luego de un primer partido que terminó en empate, Uruguay venció a la Argentina 2-1. La prensa europea no dejó de celebrar a los campeones que en su camino de regreso pasaron exitosamente por París. En Uruguay, las multitudes siguieron la performance uruguaya en las principales plazas de la ciudad, donde relatores especiales retransmitían las últimas noticias llegadas con el telégrafo (Prats 2010: 55-57).

Desde una perspectiva latinoamericana parecía que el fútbol reflejaba correctamente una tendencia del desarrollo mundial que filósofos como Oswald Spengler durante y después de la Gran Guerra habían previsto para el siglo XX. La joven América del Sur estaba en crecimiento mientras que Europa, envejecida, perdía su lugar central en los asuntos del mundo (Rinke 2002: 134) El fútbol –como deporte moderno y competitivo– era tanto un motor como producto del auge de los modernos medios de comunicación masivos que como nunca antes, comenzaba a hacer uso de las imágenes. Los avances tecnológicos de los medios impresos y la aparición del cine y luego de la radio hicieron posible una nueva experiencia sensorial de un deporte que muchos practicaban pero aún más, muchos más, celebraban como espectadores, lectores o radioescuchas. La sofisticación periodística de *El Gráfico*, en sus años una de las revistas más importantes de deportes en Sudamérica, basada en Buenos Aires y conducida por el uruguayo Ricardo Lorenzo Rodríguez, alias “Borocotó”, alimentaba brillantemente ese nuevo mundo de los espías del fútbol. Los periodistas fueron clave en ese suceso mediático. Acompañaban a los equipos uruguayos en sus giras europeas y fueron figuras imprescindibles en el complejo proceso de creación del nuevo mito de los héroes nacionales del fútbol (Mason 1995: 33).

Preparando la primera copa del mundo

Más allá de los éxitos sudamericanos Europa continuó desempeñando un papel clave en el desarrollo del fútbol. Con la fundación de la FIFA por varias asociaciones europeas en 1904 nació una institución dispuesta a monopolizar las competencias internacionales. Debido a la falta de dinero, la FIFA se acercó al Comité Olímpico Internacional y se convirtió en la fuerza dirigente en la organización de los campeonatos de fútbol durante los Juegos Olímpicos. Cuando el deporte fue incluido por segunda vez en los Juegos, en Estocolmo en 1912, los participantes tenían que ser miembros de la FIFA. En los años veinte, el fútbol se convirtió en la disciplina que atrajo la mayoría de los espectadores de los Juegos Olímpicos, y cada vez más repúblicas latinoamericanas se unieron a la FIFA (Goldblatt 2007: 237). No obstante, la tendencia a la profesionalización del fútbol complicó el panorama. Y para agravar el cuadro dentro del fútbol internacional ya circulaban iniciativas que apuntaban a desligarse del movimiento olímpico (Eisenberg *et al.* 2004: 56-103).

Desde 1926 los miembros del Comité Ejecutivo de la FIFA estaban discutiendo la preparación de un campeonato mundial de fútbol independiente de los Juegos Olímpicos. Dos años después adoptaron la propuesta del representante francés Henri Delaunay: un campeonato cada cuatro años incluyendo equipos no europeos y aceptando jugadores aficionados y profesionales. La decisión de dónde realizar el proyecto, cómo financiarlo y cómo compartir las ganancias

se mantuvo abierta. Buero se unió al comité ejecutivo en 1928 como el primer no europeo y su país estaba seriamente interesado en ganar la tarea. Habiendo ganado las Olimpiadas dos veces consecutivas, Uruguay era, hacia fines de la década del veinte, uno de los más importantes protagonistas del fútbol mundial (Eisenberg *et al.* 2004: 103-104).

Desde el punto de vista uruguayo, organizar la primera Copa del Mundo de fútbol ofrecía una oportunidad única. En 1930 el país celebraba su primer centenario de independencia y la Copa del Mundo de fútbol era ideal para globalizar esas festividades. Los latinoamericanos habían practicado esta mezcla de conmemoraciones nacionales y eventos deportivos por más de veinte años. Las celebraciones del centenario, que empezaron en 1910 en Argentina, Chile y varios países de la región, incluían generalmente campeonatos de fútbol. Al despuntar la década del treinta pocos dudaban que el deporte había devenido en una fuerte señal identitaria para las relativamente jóvenes naciones latinoamericanas empeñadas en hacerse un lugar en el mundo y, de ser posible, en igualdad de condiciones que las europeas.

En Uruguay, las élites nacionales encontraron allí una oportunidad y explotaron con entusiasmo el glamour que el deporte tenía para ofrecer para objetivos extradeportivos. Allí se mezclaban motivos modernos y tradicionales. Mientras los políticos consideraron el deporte como un instrumento para presentar al mundo una nación sana y fuerte y, también, como una fuente para obtener el apoyo de las masas, los empresarios lo utilizaron con fines económicos. Tal vez uno de los más importantes fue el aliento del turismo europeo a los balnearios costeros, una estrategia que la Asociación Nacional de Atracción del Forastero venía impulsando desde el fin de la Primera Guerra Mundial (Bouret y Remedi 2009: 22 y 207). En efecto, la comercialización del fútbol, ya sea en negocios privados o en el turismo, fue un proceso que acompañó a la profesionalización del deporte.

Todas estas razones contaron al momento en que dos dirigentes del Club Nacional, José Gervasio Usera Bermúdez y Roberto Espil, se acercaron a Buero y le propusieron que Uruguay fuera la sede de la primera Copa del Mundo de fútbol. El diplomático se mostró escéptico e hizo hincapié en la enorme carga financiera que dicha tarea implicaría. Además, no estaba seguro si Uruguay sería capaz de llenar los estadios, que debían adecuarse también a altos niveles de exigencia. Pero el gobierno nacional a cargo de Juan Campisteguy se entusiasmó con la propuesta y consignó que estaba dispuesto a dar todo el apoyo y las garantías necesarias a los organizadores. Desde mediados de los años veinte se venía hablando de la necesidad de construir un estadio moderno que hiciera justicia a los éxitos futbolísticos uruguayos a nivel mundial (Bouret y Remedi 2009: 217). Cuando los primeros efectos de la Gran Depresión se hicieron sentir en Uruguay el gobierno reaccionó con un programa de obras públicas para estimular

la actividad económica y el mercado de trabajo. Así, el Congreso aprobó en tiempo récord la legislación necesaria para la asistencia financiera a los organizadores y dejó claramente indicada revelando a un mismo tiempo sensibilidad y conciencia y que se trataba de un espectáculo de masas la obligación de vender una cierta cantidad de tiques a precios especiales, de modo que se facilitara el acceso y participación de sectores sociales no privilegiados a la gran fiesta de la primera Copa del Mundo de fútbol.

Buero negoció los detalles de la oferta de Uruguay contando con la ayuda de los delegados de Argentina, Brasil, Chile, los Estados Unidos, Paraguay y Perú. Al inicio hubo cierta resistencia a la organización de esta emblemática primera Copa del Mundo en un lejano y pequeño país sudamericano. España, Hungría, los Países Bajos e Italia también habían presentado sus ofertas. Además, la Asociación Francesa compitió por el evento con el apoyo de los representantes belgas. Los asuntos financieros estaban en el centro de las negociaciones y hubo un intenso debate sobre si los equipos ganadores deberían compartir las ganancias como sugirieron los italianos o si estas deberían ser reservadas para los organizadores y la FIFA –un esquema que Buero apoyó–. Eventualmente, los competidores europeos aceptaron por unanimidad la oferta uruguaya. Ello incluía pagar el transporte y la estadía de los equipos invitados y la construcción de un estadio monumental con el nombre muy simbólico de Estadio Centenario, siguiendo de ese modo lo que ya había hecho durante la década de 1920. Desde la perspectiva de la FIFA la elección de Uruguay fue una decisión óptima que facilitaba y aceitaba la vinculación de las asociaciones latinoamericanas a una federación internacional claramente dominada por europeos. Desde la perspectiva de los delegados latinoamericanos la visita de los equipos europeos fortalecería los vínculos entre Europa y Sudamérica, y permitiría volver a mostrar al mundo el impresionante desarrollo del fútbol en el “Nuevo Mundo”.

Preparación de la copa del mundo

A pesar de la respuesta unánime a favor de la oferta uruguaya para Organizar el evento, muchas asociaciones nacionales en Europa renunciaron a su participación de antemano. Solo a los miembros de la FIFA se les permitió formar parte del evento. Es así que la Asociación de Fútbol Inglés (English Football Association), que se había retirado en 1927, no estuvo presente en las negociaciones de la FIFA. Además, las restricciones de Uruguay, que podía pagar los costos de hasta solo 17 miembros de cada delegación y que prohibió a los equipos invitados jugar partidos amistosos antes, durante y después del campeonato como forma de garantizar la exclusividad del evento, también se convirtieron en obstáculos importantes. Fueron vanos los esfuerzos del presidente de la FIFA, Jules Rimet, para convencer a los miembros europeos de que participaran en la primera Copa del Mundo. Esto

se debe a que, para la mayoría de los jugadores aficionados, faltar a sus puestos de trabajo por varios meses era un riesgo que no estaban dispuestos a tomar. Los jugadores profesionales tampoco podían participar, ya que los mánagers de sus equipos los necesitaban en Europa para jugar partidos y ganar dinero. En efecto, cuando los representantes uruguayos intentaron convencer a los mánagers de los equipos profesionales europeos de que participaran, tuvieron que enfrentarse a demandas económicas, además de los costos de viaje”.

En cualquier caso, la Gran Depresión se hizo sentir en Europa en 1929 y los recursos financieros comenzaron a escasear. Al inicio de 1930, los periódicos de España y Suiza llegaron a informar que Uruguay se había retirado de la organización del campeonato. Estas complicaciones provocaron tensiones porque los latinoamericanos sospechaban de un boicot concertado por las asociaciones europeas. No fue sencillo corregir estos rumores. En negociaciones con Rimet en la primavera de 1930, Buerio dejó en claro que una ausencia completa de los equipos europeos llevaría al retiro de todas las asociaciones de la Confederación Sudamericana de Fútbol de la FIFA. En sus discusiones Buerio y Rimet llegaron a considerar la posibilidad de jugar un campeonato europeo y otro latinoamericano, con los equipos ganadores compitiendo la final en Montevideo por la Copa del Mundo”.

Al final, y gracias a los esfuerzos de Rimet, Bélgica, Francia, Rumania y Yugoslavia enviaron sus equipos al campeonato, pero en algunos casos sin sus mejores jugadores. En su lugar, los equipos de los clubes europeos más importantes se reunieron en Ginebra en el verano de 1930 para competir por la llamada “Copa de las Naciones Centroeuropeas” (Havekost y Stahl 2005: 113). En contraste, los equipos de las Américas fueron ampliamente representados en Montevideo. No solo participaron las naciones más importantes del fútbol en el Cono Sur sudamericano, como Argentina, Brasil, Chile y Paraguay, sino también países andinos como Bolivia y Perú, e inclusive México. También los Estados Unidos enviaron su equipo a Montevideo. En total 13 equipos compitieron en la primera Copa del Mundo en la segunda quincena de julio de 1930.

La Asociación Uruguaya de Fútbol (AUF) y el gobierno uruguayo hicieron todo lo necesario para preparar el evento mundial en muy poco tiempo. Por supuesto, el desafío más grande fue terminar el estadio. La obra, que empezó en septiembre de 1929, debía concluirse en menos de un año. Se trataba de uno de los estadios más grandes de su época, con capacidad para más de 90.000 espectadores (algunas fuentes mencionan 80.000 y otras, 100.000). Unos meses de lluvias torrenciales complicaron aún más el asunto. Al final, el Estadio Centenario albergó su partido inaugural solo cinco días después de la apertura del campeonato, con el encuentro entre la selección anfitriona y Perú. El arquitecto Juan Scasso había construido una estructura impresionante y muy moderna, con una “torre de honor” de estilo

modernista. Se trató de un notable emprendimiento arquitectónico (Prats 2007: 79-86, Ántola y Ponte 2000: 237-243). Los oradores oficiales en la ceremonia de apertura del estadio, como José María Delgado, presidente del club de fútbol Nacional, enfatizaron el espíritu de “fraternidad universal” que caracterizaba su país y que contribuiría a un evento mundial exitoso (Delgado 1943: 39).

La AUF trabajó diligentemente para preparar el evento, diseñando un póster artístico y campaña de publicidad a nivel mundial en las páginas del boletín de la FIFA. Para Uruguay la Copa del Mundo de fútbol no era tan solo un evento deportivo. Era también una oportunidad de presentar el país al mundo como una nación próspera y moderna de origen europeo que pertenecía a la vanguardia de las naciones. Esta era la autoimagen que las élites uruguayas que dominaban la organización se habían propuesto proyectar.

La Copa del Mundo era parte de todo un grupo de festividades que celebraban los primeros cien años de existencia como Estado. Veinte años después del centenario de Argentina, los partidos independentistas uruguayos marcaron el fin de un ciclo y los organizadores uruguayos se aseguraron que su experiencia fuera excepcional. El deporte iba a desempeñar un rol clave en los proyectos. La Comisión Nacional de Educación Física desarrolló un plan para completar el campo de juego a tiempo y para transformar el Parque de los Aliados de Montevideo en un parque de deportes con todo tipo de equipamientos especiales, piscinas y gimnasios. Además, se esperaba que grupos de jóvenes y escolares presentaran pruebas atléticas en público (Rodríguez 1930: 51-53). De esta manera, la original idea, ya esbozada en 1928, de organizar la Copa del Mundo se ajustó muy bien a iniciativas que ya se venían discutiendo desde hacía tiempo. Los simpatizantes del proyecto enfatizaron que tal evento ayudaría sobre todo a unir a la gente de diferentes sectores sociales y a forjar un espíritu de unidad dentro de la nación (Garrido 2000: 95). Cuando las celebraciones del centenario empezaron, en abril de 1930, los organizadores hicieron explícito su objetivo de incluir al conjunto de la población en general (Demasi 2004: 139).

Hubo una dimensión fuertemente modernista en estos espectáculos y el Mundial resultó ser el punto culminante que sus organizadores esperaron que fuera. Participaron los miembros de la élite, encabezado por el presidente de la Asociación Uruguaya de Fútbol, Raúl Jude, y también una audiencia masiva de un tamaño nunca antes visto en un evento deportivo en Uruguay. Mujeres jóvenes –la representación paradigmática de la nación– aparecieron en el campo deseando suerte a su equipo antes de la decisiva semifinal contra Yugoslavia. Los partidos de fútbol fueron eventos deportivos y sociales toda vez que durante el campeonato hubo numerosos bailes y cenas festivas con la participación de personajes influyentes de todos los sectores sociales. En general, los eventos atrajeron a audiencias masivas cuando jugó el equipo uruguayo. A otros partidos

no les fue tan bien. En esos días muchos prefirieron seguir los partidos en los reportajes de una de las 12 estaciones de radio que operaban en el país en 1930, las cuales, por primera vez en la historia del país, transmitieron el evento en vivo (Rosenberg 1999: 44). A pesar de la crisis económica, la primera Copa del Mundo fue un éxito en términos de audiencia, dando crédito a la hipótesis de que el fútbol, aun en tiempos económicos difíciles, se mantenía como un espectáculo significativo (Mason 1995: 45-57).

El fútbol era un espacio importante para la presentación pública de la creciente clase media urbana. Además, abría las puertas de la movilidad social para algunos pocos elegidos de los estratos más bajos de la sociedad e inclusive para los que eran generalmente confrontados con estereotipos racistas. El famoso jugador del equipo uruguayo José Leandro Andrade era de tez oscura y ya había sido celebrado como la “maravilla negra” en Francia en 1924, Ciertamente el Uruguay había admitido deportistas de origen afrouruguayos en su equipo nacional ya en 1916, en la Copa América, provocando protestas de algunos de sus ocasionales adversarios. Esto fue bastante excepcional en esta primera etapa de la historia del fútbol, cuando el racismo era un discurso dominante de escala global (Taylor 1998: 29). De algún modo, esta amplitud contribuía a reafirmar la idea de que Uruguay era una de las sociedades más abiertas y vanguardistas al despuntar el siglo XX.

Nuevamente el campeonato terminó con un triunfo para los locales, convirtiéndolos en las leyendas indiscutibles del primer capítulo del fútbol mundial”. Lo que hizo que la victoria al final fuera inclusive más placentera fue el hecho de haber sido ganada contra sus archienemigos y vecinos, los argentinos (Mason 1995: 31-42). El evento fue filmado con la asistencia de ocho camarógrafos. El prestigio que se ganó para la nación demostró ser un elemento importante. Ello ya había quedado muy claro en eventos deportivos regionales durante los años veinte. Así, el editorialista del periódico uruguayo *El País* escribió: “Ayer la democracia se mostró en su aspecto más verdadero. Pequeños y grandes, jóvenes y viejos, pobres y ricos, mujeres y hombres, nativos y extranjeros, se identificaron con ella. Todos fueron a las calles a expresar sus sentimientos nacionales más puros”. El presidente Jude fue aún más entusiasta cuando elogió a los ganadores en el banquete dado en su honor después del partido final: “Y nosotros, caballeros, debemos aprender una lección de esta festividad: cada uno de nosotros debería hacer en sus áreas como hicieron cada uno de estos valientes chicos en la suya, así podremos decir sin vanidad y sin fanfarronear que Uruguay es la primera nación entre todas las naciones de la tierra” (Primer Campeonato Mundial de Football 1930: 121).

La euforia de los campeones estuvo acompañada de la ira y la frustración de los perdedores, quienes se quejaban de haber sido maltratados por los hinchas uruguayos y por sus árbitros. Especialmente los partidos de los vecinos rioplatenses

estuvieron desde el inicio fuertemente marcados por discursos chovinistas e, inclusive, por la violencia. Las secuelas del campeonato en Uruguay demostraron esta dimensión sin lugar a duda (Demasi 2004: 148). No obstante, en general, el campeonato fue un éxito. Más de medio millón de espectadores vieron los partidos, un promedio de 30.000 por encuentro (Havekost y Stahl 2005: 123). Económicamente, la FIFA hizo buenas ganancias, lo que confirmó la convicción de sus líderes de establecer la Copa del Mundo como un evento periódico. Desde una perspectiva latinoamericana, fue una muestra simbólica de los lazos de amistad que existían entre las naciones de la región. Además, su exitosa organización mostró a los ojos del mundo que inclusive un pequeño país de Sudamérica como Uruguay estaba ahora a la par de los europeos. La juventud deportiva latinoamericana salía exitosa, o al menos eso parecía.

Conclusión

La Copa del Mundo de 1930 fue un comienzo, pero también una ruptura. Muy pocos equipos latinoamericanos participaron en los siguientes eventos en Europa en 1934 y 1938. Los campeones uruguayos estuvieron ausentes. En parte como una revancha –en el caso de Italia 1934– y en parte por la falta de fondos, la segunda y tercera Copas del Mundo perdieron mucho de su dimensión transatlántica. Fue solo después de la Segunda Guerra Mundial, en la Copa del Mundo de Brasil en 1950, cuando el espíritu original retornó y desde entonces no dejaría de crecer.

La primera Copa del Mundo se recorta como una evidencia del alto grado de implicaciones culturales transnacionales en la globalización de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Fue un primer punto culminante de la rápida criollización de la cultura de masas. También una clara revelación del entretejido político, identitario, social y cultural consolidado en torno del fútbol sin duda en el Uruguay, pero también en otras naciones latinoamericanas. El fútbol facilitó la llegada a la esfera pública de personas que habían estado viviendo en los márgenes de la sociedad. El fútbol habilitó a los medios de comunicación en la empresa de delinear identidades modernas, tanto las referidas a la nación como a los géneros.

Referencias citadas

Agostino, Gilberto. 2006. “Nós e ellos, nosotros y eles – Brasil X Argentina: Os inimigos fraternos”. En: Silva, Francisco Carlos Texeira da y Ricardo Pinto dos Santos, (eds.), *Memoria social dos esportes: Futebol e política: A construção de uma identidade nacional*. pp. 55-80. Rio de Janeiro: Mauad.

- Álvarez, Luciano y Leonardo Haberkorn. 2004. *Historia de Peñarol*. Montevideo: Aguilar.
- Ántola, Susana y Cecilia Ponte. 2000. "La nación en bronce mármol y hormigón armado". En: Caetano, Gerardo (ed.), *Los uruguayos del Centenario*. pp. 237-243. Montevideo: Taurus.
- BourEr, Daniela y Gustavo Remedil. 2009. *Escenas de la vida cotidiana: El nacimiento de la sociedad de masas, 1910-1930*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Burro, Enrique E. (ed.) 1932. *La organización de la Coupe du Monde: negociaciones internacionales*. Bruselas: s. e.
- Buscio, Jorge. 2004. *José Batlle y Ordóñez: Uruguay a la vanguardia del mundo. Pensamiento político y raíces ideológicas*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Caetano, Gerardo (ed.) 2000. *Los uruguayos del Centenario*. Montevideo: Taurus.
- Cocch1, Carlos Alberto. 1963. *Cuatro cetros del fútbol mundial*. Buenos Aires: Master Fer.
- Delgado, José María. 1943. "Discurso dado en honor a la construcción del Estadio Centenario". En: José María Delgado, *Sport: discursos, versos, semblanzas*. Montevideo: s. e., pp. 125-138.
- Demas, Carlos. 2004. *La lucha por el pasado: historia y nación en Uruguay, 1920-1930*. Montevideo: Trilce.
- Eisenberg, Christiane et al. 2004. *FIFA 1904-2004: 100 Jahre Welifubball*. Göttingen: Die Werkstatt.
- Garrido, Atilio. 2000. *100 años de gloria: la verdadera historia del fútbol uruguayo*. Mon-EA
- Golbslarr, David. 2007. *The Ball is Round: A Global History of Football*. London: Penguin.
- Havexos, Folke y Volker Stahl. 2005. *Eufballweltmeisterschaft 1930 Uruguay*. Kassel: Agon.
- Luzurraca, Juan Carlos. 2009. *El football del novecientos: orígenes y desarrollo del fútbol en el Uruguay, 1875-1915*. Montevideo: Taurus.
- Mason, Tony. 1995. *Passion of the People? Football in South America*. London: Verso.
- Pack, Joseph. 2006. "Soccer Madness: Futebol in Brazil". En: Joseph Arbena y David Lafrance (eds.), *Sport in Latin America and the Caribbean*. pp. 11-39. Wilmington, Del.: Scholarly Resources,
- Prars, Luis. 2007. *Montevideo la ciudad del fútbol: historias de barrios, clubes, canchas y estadios*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- _____. 2010. *La crónica celeste: historia de la selección uruguaya de fútbol: triunfos, derrotas, mitos y polémicas (1901-2010)*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Reves Del Villar, Soledad. 2004. *Chile en 1910: Una mirada cultural en su centenario*. Santiago de Chile: Sudamericana.
- Rumer, Jules. 1954. *Histoire Merveilleuse de la Coupe du Monde*. Monaco: Union Eu- ropéenne d'Éd.

- Runke, Stefan. 2002. *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile 1910-1931*. Santiago de Chile: DIBAM.
- _____. 2007. "Historias del fútbol en América Latina – historias de sociedades y culturas". En: Luiz Rugerri (ed.), *Futebol e globalizacao*. pp. 187- 209. Jundiaí, SP: Fontoura.
- Rodríguez, Julio. 1930. *La educación física en el Uruguay*. Montevideo: Imprenta Artística.
- Rosenberg, Joel. 1999. *Un grito de gol: La historia del relato de fútbol en la radio uruguaya*. Montevideo: Santillana.
- Santa Cruz, Eduardo. 1995. *Origen y futuro de una pasión: fútbol, cultura y modernidad*. Santiago de Chile: Arcis.
- Silva, Francisco Carlos Texeira da y Ricardo Pinto dos Santos (eds.) 2006. *Memoria social dos esportes – Futebol e política: A construgdo de uma identidade nacional*. Rio de Janeiro: Mauad.
- Taylor, Chris 1998. *Samba, Coca und das runde Leder: Streifziige durch das Lateiname-rika des Eufballs*. Stuttgart: Schmetterling.